



Una Iglesia

El tercero de una serie de columnas sobre de "Marcas" de la Iglesia

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre", San Pablo nos dice. El Jesús que nos enseñó y sanó, que murió y resucitó, hace 2000 años es el mismo Jesús que nos enseña y nos sana hoy, el mismo Jesús que entrega su muerte y resurrección por nosotros en la Eucaristía y nos lleva a la comunión aquí y ahora con la Iglesia que Él estableció allá y luego. "He aquí que yo estaré con ustedes todos los días", prometió "aún hasta el fin del mundo".

Pero a excepción de la Iglesia que fundó, no habría memoria de este Jesús; su promesa habría naufragado hace mucho tiempo. A excepción de su Iglesia, no habría registro de sus palabras y obras en los Evangelios que su Espíritu inspiró a los evangelistas a escribir y a la Iglesia a adoptar como propios. A excepción de su Iglesia, el "agua viva" de la vida sacramental no fluiría en nuestras vidas una y otra vez para lavar nuestros pecados y hacernos libres.

Pero las aguas salvadoras sí fluyen; su Palabra salvadora sí hace resonar; sí partimos el pan en memoria de Él. Jesús es fiel a su promesa de estar con nosotros siempre, porque en cada generación sucesiva su Espíritu nunca ha dejado de mover a la Iglesia para llevar a cabo el mandato que les dejó a los apóstoles: "Vayan y hagan discípulos de todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado".

Al oír sus enseñanzas por primera vez pueden ser difícil de aceptar. Cuando Jesús habló de su

intención de dar su cuerpo como el Pan de Vida, varios de sus discípulos reaccionaron fuertemente: "Este es un dicho duro; ¿quién puede escucharlo"? Y varios de ellos "retrocedieron y ya no caminaron con Él". ¿"También ustedes se irán"? un decepcionado Jesús les preguntó a sus Apóstoles. Con su respuesta San Pedro expresó la fe de la Iglesia desde ese día hasta este: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna".

La pregunta de Pedro confronta a todo Católico que siente presión para "irse", de apartarse de la comunión con la Iglesia Católica. Si nosotros también dejamos de caminar con Él en su Iglesia por causa de uno u otro "dicho duro" suyo, ¿a dónde más iremos para encontrarlo a Él quien ha prometido permanecer con su Iglesia para siempre? Cuando rompemos la comunión con Pedro y los Apóstoles, ¿qué le estamos diciendo a Jesús quien ha confiado sus palabras y sacramentos al cuidado de ellos? ¿Ha dejado de ser verdadera su promesa de estar con su Iglesia hasta el fin del mundo?

La transmisión fiel del Evangelio siempre ha sido traicionada por el comportamiento infiel de los Católicos Cristianos. En la cara de la corrupción de muchos años en la Iglesia Católica, los Protestantes sinceros y bien intencionados en los años 1500 decidieron "irse" y establecer nuevas iglesias, reformadas para satisfacer las necesidades y exigencias de su tiempo. En sus ojos, la Iglesia Católica ya no podía ofrecer testimonio auténtico del Evangelio de "un Señor, una fe, un bautismo".

Pero rompiendo la antigua unidad Católica no fue suficiente para forjar la unidad Protestante. Las divisiones se multiplicaron y endurecieron entre los herederos del bautismo del Señor quien quiso que todos fueran uno. Desde ese día hasta este, la pregunta de Pedro ha pasado

a primer plano en cada generación sucesiva: "Señor, ¿a quién iremos?" No existe ninguna autoridad divina que se haya revelada a Martín Lutero, a Juan Calvino, al rey Enrique VIII, y a muchos otros para romper la unidad Católica y establecer otras iglesias de su propia creación? ¿A quién vamos cuando sus enseñanzas difieren tan marcadamente unas de otras?

Por 500 años ya, los Cristianos en el Oeste han vivido con esta dolorosa division. En el pasado siglo, el Espíritu Santo ha traído sanación considerable a la herida de la división Cristiana por inspirar un entendimiento más claro de lo que nos mantiene apartados y un respeto mayor por lo que nos une. Este ha sido una enorme ganancia para todos los interesados. Pero las cuestiones básicas que nos dividieron en los años 1500 todavía nos dividen hoy. Y cuando salen a la superficie públicamente, los Católicos todavía necesitan tomar su rumbo desde San Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna".